

ñana siguiente. El preboste Cunningham trató al acusado con la mayor brutalidad y dureza, pues le negó el auxilio de un sacerdote, y hasta el uso de la Biblia, destruyó despues las sentidas cartas que escribiera á su madre y hermana antes de morir. El preboste se escusó de esta última crueldad alegando que no queria que supieran los rebeldes que uno de los suyos tenia
1776. tanta firmeza. Desconocido y sin amigos, el jóven Hale sufrió la muerte valerosamente, y sus últimas palabras fueron: «Solo sienta no tener mas que una vida para sacrificarla por mi pais (*).

Pronto se supo cuál era el plan formado por el general Howe, quien no creyendo conveniente bombardear á Nueva-York, por encontrarse allí muchos de sus partidarios, envió varios buques por los rios del Norte y Oriente, y dió orden para que protegidos por el fuego de los cañones, desembarcasen sus tropas el dia 15 en Kip's Bay, á unas tres millas de distancia de la ciudad. En aquel punto se habian hecho algunas obras para resistir al enemigo hasta que llegasen nuevos socorros, mas apenas saltaron en tierra los ingleses, sintiéronse sobrecogidas de un pánico las tropas allí apostadas y huyeron apresuradamente, comunicando su terror á las dos brigadas de Connecticut, que á las órdenes de Parson y Fellow acababan de llegar hacia poco, por haberse recibido la noticia del proyectado desembarque.

Precisamente en aquel critico momento llegaba Washington rápidamente, y al ver el vergonzoso desorden y confusion de su gente, trató de reunir á la aterrada mili-

(*) Véase la interesante obrita titulada, *Vida del capitán Nathan Hale, el mártir de la revolucion americana*, por W. Stewart, pág. 230.

cia, pero todo fué en vano, pues sus esfuerzos no bastaron para evitar la ignominiosa fuga de su tropa. En un transporte de indignacion y de cólera, Washington arrojó su sombrero al suelo exclamando: «¡Estos son los hombres que me dan para que defiendan las libertades de América!» Así diciendo apuntó sus pistolas á varios de los fugitivos, y sacando luego su espada para contener á los que pasaban á su lado, acercóse tanto al enemigo que fácilmente se le hubiera podido coger prisionero, pero uno de sus ayudantes de campo se apoderó entonces de las riendas del caballo del jefe y le hizo abandonar aquel sitio peligroso. Actos como aquel eran suficientes para dar á conocer hasta qué punto se escitaba la vehemencia de Washington en los momentos mas criticos (*).

Diéronse entonces inmediatamente órdenes para evacuar la ciudad de Nueva-York de una vez, y como la retirada se hizo apresuradamente, esto ocasionó algunas pérdidas, porque hubo que abandonar al enemigo toda la artillería pesada y una considerable cantidad de municiones y otros efectos de guerra. A no haber sido porque los ingleses tuvieron que detenerse en Murray Hill hasta que llegasen nuevos refuerzos, es casi seguro que todas las tropas americanas á las órdenes de Putnam habrian sido completamente derrotadas por el enemigo. Bien puede decirse que esta circunstancia, segun mani-

(*) Segun Mr Irving, el general Greene escribió á un amigo suyo, diciéndole lo siguiente: «Por la vergonzosa conducta de la milicia, que huyó tan pronto como aparecieron las avanzadas del enemigo, tuvimos que efectuar una miserable retirada de Nueva-York. Las brigadas de Fellow y de Parson se pronunciaron en precipitada fuga delante de cincuenta hombres, dejando á S. E. en el campo á unas ochenta varas del enemigo. Encolerizado nuestro jefe ante el villano proceder de sus tropas, solo pensó entonces en buscar la muerte.»

festó tambien el coronel Grayson, fué la que salvó al ejército americano.

Las tropas reales entraron inmediatamente en la ciudad, donde fueron recibidas por los Tories con el mayor entusiasmo. El resentimiento entre los dos partidos contrarios que luchaban en Nueva-York habia llegado ya á su colmo, y prueba de ello fué el suceso ocurrido algunas noches despues. El 21 de setiembre, precisamente el dia en que Hale llegó á Nueva-York, estalló en la ciudad á las altas horas de la noche, un terrible incendio que á causa de la fuerza del viento, se propagó en breves instantes con alarmante rapidez. Mas de mil edificios, incluso la iglesia de Trinidad (*), fueron pasto de las llamas, y á no ser por los esfuerzos de los soldados y marineros, es muy probable que toda la ciudad habria sido destruida. Al comentar este suceso, dijose que los hijos de la libertad eran los incendiarios y que habian hecho aquello con el fin de obligar al ejército á que se retirase. Los soldados ingleses arrojaron á las llamas á varias personas que se sospechó eran culpables.

Pocos dias despues Washington tuvo la satisfaccion de ver conducirse valerosamente á las mismas tropas que de una manera tan vergonzosa habian abandonado el campamento de Kip's Bay, pues en una escaramuza ocurrida el dia 16, despues de haberse posesionado los ingleses de Nueva-York, un destacamento al mando del coronel Knowlton, apoyado por las tropas del mayor Leitch, encontró al enemigo y lo rechazó con sin igual denuedo, costando no poco trabajo obligar á los americanos á que suspendieran la lucha. Esta victoria costó sin embargo muy cara, pues tanto el mayor Leitch como el coronel Knowlton quedaron

(*) Véase la *Historia de la iglesia de Trinidad*, por el Dr. Berrian, págs. 144-145.

mortalmente heridos. Al hablar de este último, dijo Washington: «que era un hombre que hubiera honrado á cualquier pais.» Este encuentro influyó favorablemente en el ejército americano.

Como Washington se hallaba perfectamente atrincherado en las alturas de Harlem, el general Howe no creyó prudente atacarle y permaneció quieto en las llanuras por espacio de tres semanas (*). Sin embargo, en el campamento americano comenzaron á reinar bien pronto las enfermedades, y como se carecia de un hospital á propósito, los soldados se veian en la precision de acomodarse lo mejor posible en los pajares, en los establos y hasta en las orillas del camino. Tanto por esto como por otras
1776. circunstancias, hiciéronse al poco tiempo muy frecuentes las deserciones, notándose una escandalosa tendencia á desobedecer las órdenes de los jefes y á cometer varios excesos. No es extraño pues que el comandante en jefe se mostrase sumamente inquieto por el porvenir, con tanta mas razon cuanto que el ejército, alistado por un año, se hallaba en visperas de cumplir el tiempo de servicio, lo cual hizo reflexionar de nuevo á Washington sobre aquel fatal sistema de enganches, gracias al que las veteranas tropas del enemigo solo tenian que luchar con una milicia bisoña.

Robando algunos momentos á las horas que dedicaba al sueño, Washington escribió en la noche del 24 de setiembre una enérgica y admirable carta al presidente del Congreso, demostrando de una manera concluyente la insuficiencia, la confusion y los

(*) El dia 19 de setiembre, los hermanos Howe dirigieron un Manifiesto al pueblo, cuyo documento, con las observaciones que de él hizo el Juez Drayton, de la Carolina del Sur, se encontrará en el Apéndice que hay al final del presente capitulo.

contratiempos que acarrea la mal entendida organizacion del ejército. Despues de indicar el único remedio que podia aplicarse, el jefe terminaba su carta con estas palabras: «No hay en el mundo situacion mas miserable que la de un hombre que como yo se haya encargado de un ejército compuesto de tropas indisciplinadas y que carecen de todo lo necesario. Las dificultades de que me he visto rodeado desde que me hallo en el servicio; los disgustos que continuamente he recibido por ver frustradas todas mis esperanzas y deseos; el deplorable estado de los asuntos, que me hacen siempre temer que el Congreso censure mi conducta, y por último, la imposibilidad de dirigir un ejército compuesto de elementos tan heterogéneos, es mas de lo que se necesita para persuadirme íntimamente de que á menos que se cambie nuestro sistema militar, no me será dable llevar á cabo las operaciones á satisfaccion del público, que es la única recompensa que he deseado desde un principio.»

Las indicaciones de Washington produjeron al fin el resultado que éste deseaba, porque despues de leida su carta, se acordó reorganizar al ejército de una manera permanente. En su consecuencia, decretóse la formacion de ochenta y ocho batallones, que facilitarían los diversos Estados segun sus alcances, y se aumentó la paga de los oficiales (*). Los individuos que se engancharan por todo el tiempo de la guerra debían recibir un premio de veinte duros y cien acres de tierra, incluso el uniforme completo mientras estuviesen en el servicio; y á los que

(*) La colonia de New-Hampshire debía organizar tres batallones, Massachusetts quince, Rhode-Island dos, Connecticut ocho, Nueva-York cuatro, y otros tantos Nueva-Jersey; Pennsylvania doce, Delaware uno, Maryland ocho, Virginia quince, la Carolina del Norte nueve, la Carolina del Sur seis, y uno Georgia.

solo se alistaran por tres años se les daría lo mismo, menos la tierra. La paga de los oficiales aumentaría en proporcion al grado de cada cual (*). Los Estados debían enviar sus comisionados al ejército para que acordasen con el comandante en jefe el nombramiento de los oficiales, mas como esto podría ocasionar algun retraso, autorizóse á Washington para que llenara las vacantes.

A pesar de hallarse ocupado en la árdua tarea de reorganizar el ejército, el jefe americano no perdía de vista al poderoso enemigo que se hallaba cerca de su campamento, é inquietándole mucho la inaccion de Howe, cuyas tropas no carecían absolutamente de nada, Washington se mostraba ansioso por averiguar qué movimiento emprendería el jefe inglés. Howe, que habia cambiado su plan de campaña, envió algunos buques de guerra, que subiendo por el Hudson, á pesar de las baterías americanas, consiguieron forzar el paso, interceptando luego las comunicaciones é impidiendo que Washington pudiese recibir socorros por el rio. Hecho esto y despues de haber dejado parte de sus fuerzas para cubrir á Nueva-York, Howe condujo el resto de su ejército á Pell's Point, en Long-Island Sound, á fin de tomar posicion en las cercanas alturas de New-Rochelle, (Nueva-Rochela) y habiendo recibido allí un considerable refuerzo de tropas de Hesse á las órdenes del general Knyphausen, amenazó la retaguardia de Washington con objeto de cortar toda comunicacion por tierra ó mar, obligándole á que aceptase la batalla. En vista de este movimiento, reunióse el consejo de guerra, y para destruir dicho plan, acordóse evacuar la isla de York y conducir las tropas al interior. Convenidos

(*) A un coronel se le concedían quinientos acres de tierra, á un mayor cuatrocientos, á un capitán trescientos, á un teniente doscientos, y ciento cincuenta á un alférez.

todos en esta medida, discutióse luego si sería conveniente dejar una guarnicion en el fuerte Washington, cosa que á la verdad no se creyó muy útil, toda vez que los ingleses eran dueños del rio. Washington y Lee se opusieron á ello, pero Greene insistió en que el fuerte se hallaba en estado de sostener cualquier ataque del enemigo, y como además se supuso que los sitiados podrían escapar en caso necesario, sin mas que cruzar el rio, resolvióse dejar en el fuerte una guarnicion de tres mil hombres á las órdenes del coronel Magaw. El Congreso por su parte, dijo al emitir su opinion: «que sería conveniente conservar el fuerte Washington todo el tiempo posible.»

Viéndose el jefe americano en la necesidad de retirarse ante el enemigo, lo hizo del mejor modo que pudo, pues esta operacion, ya de suyo muy trabajosa, ofrecía grandes inconvenientes por la dificultad en los medios de transporte. Por esta razon Washington se trasladó primeramente á White Plains, (Llanuras blancas) guardando una línea paralela con el ejército inglés, del que le separaba el rio Bronx. El dia 26 de octubre los americanos se acamparon en la parte oriental de dicho rio, que de este modo protegía su flanco derecho, y acto continuo Washington apostó un cuerpo de seiscientos hombres en la colina Chatterton á las órdenes del general M'Dougall. Practicado este movimiento, siguiéronse frecuentes escaramuzas, y si bien es cierto que los ingleses obtuvieron al fin la ventaja, no lo es menos que aquellas fueron provechosas para los americanos en cierto modo, porque se acostumbraron á presentarse ante el enemigo sin temor. El dia 28 vióse avanzar al ejército inglés, desplegándose en orden de batalla por los costados de las colinas que se hallaban frente á las líneas de Washington, á dos

millas de su campamento, y habiendo observado entonces Howe que una parte de las fuerzas enemigas ocupaban á Chatterton's Hill, dió orden para que se les desalojara de aquella posicion, lo cual pudo conseguirse despues de un breve pero reñido combate, en el que fueron poco mas ó menos iguales las pérdidas por ambas partes. Entre tanto el comandante en jefe se situó en las cercanas alturas de North-Castle, donde Howe no juzgó prudente atacarle, aun cuando recibió refuerzos á los dos ó tres dias.

El general inglés cambió entonces de nuevo su plan, y al ver que Washington, obrando con la mayor prudencia, no parecia dispuesto á empeñar la batalla, trasladó su ejército hácia el Hudson y Kingsbridge, visto lo cual por el comandante en jefe y conociendo que el plan del enemigo era asaltar el fuerte Washington, atravesando luego el Hudson para llevar la guerra á Nueva-Jersey y acercarse acaso á Philadelphia, tomó sus medidas para oponerse á este proyecto en lo posible. En su consecuencia dejó al general Lee donde se hallaba con cuatro mil hombres, incluso la milicia de Nueva-Inglaterra, que iba ya á concluir su tiempo de servicio, y enseguida dispuso que todas las fuerzas que se hallasen al Oeste del Hudson hicieran un rodeo á fin de cruzar luego por King's Ferry, á la entrada de Highlands, punto opuesto al en que se hallaban los buques del enemigo. Acto continuo examinó aquellas fuertes posiciones, dió orden para que se construyesen nuevas obras, y cruzando el rio reunióse despues con sus tropas en Hackensack. Entretanto Howe habia embestido ya el fuerte Washington, resolviendo dar el asalto por cuatro puntos distintos á la vez. Ya hemos dicho que el jefe americano no creyó nunca prudente defender aquel puesto, pero era